



Lisi Harrison

ALFAGUARA


The Alfaguara logo consists of a stylized, symmetrical knot or infinity symbol with intricate, swirling lines.

Prólogo

Las tupidas pestañas de Frankie Stein se separaron con un aleteo. Una potente luz blanquecina centelleaba ante sus ojos mientras se esforzaba por enfocar la mirada, pero los párpados le pesaban demasiado como para terminar de abrirlos. La estancia se oscureció.

—La corteza cerebral se ha cargado —anunció un hombre cuya voz profunda denotaba una mezcla de agotamiento y satisfacción.

—¿Puede oírnos? —preguntó una mujer.

—Puede oírnos, vernos, entendernos e identificar más de cuatrocientos objetos —repuso él, exultante—. Si seguimos introduciendo información en su cerebro, dentro de dos semanas tendrá la inteligencia y las aptitudes físicas de una típica quinceañera —hizo una pausa—. De acuerdo, puede que un poco más lista de lo normal. Pero tendrá quince años.

—Ay, Viktor, es el momento más feliz de mi vida —la mujer ahogó un sollozo—. Es perfecta.

—Lo sé —él también ahogó un sollozo—. La niña perfecta de papá.

Uno detrás del otro, besaron a Frankie en la frente. Él olía a productos químicos; ella, a flores frescas. Juntos, despedían un aroma a ternura.

Frankie trató de abrir los ojos de nuevo. Esta vez, apenas pudo parpadear.

—¡Ha pestañeado! —exclamó la mujer—. ¡Intenta mirarnos! Frankie, soy Viveka, soy mamá. ¿Puedes verme?

—No, no puede —respondió Viktor.

El cuerpo de Frankie se tensó al escuchar aquellas palabras. ¿Cómo era posible que alguien diferente determinara de qué era ella capaz? Carecía de sentido.

—¿Por qué no? —preguntó su madre, al parecer por las dos.

—La batería está a punto de agotarse. Necesita una recarga.

—¡Pues recárgala!

«¡Sí, recárgame! ¡Recárgame! ¡Recárgame!».

Más que nada, Frankie deseaba contemplar aquellos cuatrocientos objetos. Quería examinar los rostros de sus padres mientras éstos los iban describiendo con sus voces amables. Deseaba cobrar vida y explorar el mundo al que acababa de nacer. Pero no podía moverse.

—No puedo recargarla hasta que los tornillos acaben de fijarse —explicó su padre.

Viveka empezó a llorar; sus débiles sollozos ya no eran de alegría.

—Tranquila, cariño —musitó Viktor—. Unas cuantas horas más y se habrá estabilizado por completo.

—No es por eso —Viveka inspiró con fuerza.

—Entonces, ¿por qué?

—Es tan hermosa, con tanto potencial y... —sollozó otra vez—. Me parte el corazón que tenga que vivir..., ya sabes..., como nosotros.

—¿Y qué tiene de malo? —replicó él. Aunque algo en su voz daba a entender que conocía la respuesta.

Viveka soltó una risita.

—Estás de broma, ¿no?

—Viv, las cosas no van a seguir así eternamente —declaró Viktor—. Los tiempos cambiarán. Ya lo verás.

—¿Cómo? ¿Quién va a cambiarlos?

—No lo sé. Alguien lo hará... por fin.

—Bueno, pues confío en que sigamos estando aquí para verlo —repuso ella con un suspiro.

—Estaremos —le aseguró Viktor—. Nosotros, los Stein, solemos vivir muchos años.

Viveka se rió con suavidad.

Frankie se moría de ganas de saber qué tenía que cambiar de aquellos «tiempos». Pero formular la pregunta resultaba impensable, ya que su batería se había agotado casi por completo. Con una sensación de ligereza y, al mismo tiempo, de increíble pesadez, Frankie fue sumiéndose en la oscuridad y acabó por instalarse en un lugar desde donde ya no oía a quienes la rodeaban. No podía escuchar la conversación de sus padres ni percibir el olor a flores y a sustancias químicas de sus respectivos cuellos.

A Frankie sólo le quedaba confiar en que, al despertar, eso por lo que Viveka quería «seguir estando aquí» se hubiera hecho realidad. Y que, de no ser así, la propia Frankie tuviera la entereza necesaria para conseguírselo a su madre.



Capítulo 1

Nuevos en el vecindario

El trayecto de catorce horas desde Beverly Hills (California) hasta Salem (Oregón) había sido un auténtico horror. El viaje por carretera estuvo impregnado desde el primer momento de un sentimiento de culpabilidad, y la tortura no cesó a lo largo de los mil quinientos kilómetros. La única vía de escape para Melody Carver era fingir que dormía.

—Bienvenidos a Aburrilandia —masculló su hermana mayor mientras atravesaban la frontera del estado de Oregón—. O mejor, Bostezolandia. ¿Qué tal Espantolandia? Quizá...

—¡Basta ya, Candace! —zanjó su padre desde el asiento del conductor del flamante todoterreno urbano diésel de gama alta. Verde en cuanto al color de la carrocería y el ahorro de combustible, el vehículo era una de las múltiples compras que sus padres habían efectuado para demostrar a la gente de la zona que Beau y Glory Carver eran algo más que unos guapos y opulentos desplazados del distrito de Beverly Hills.

Otras de sus adquisiciones se encontraban en las treinta y seis cajas trasladadas con antelación, llenas de kayaks, tablas de *windsurf*, cañas de pescar, cantimploras, DVD ilustrativos de la cata de vinos, bolsas de frutos secos variados de cultivo ecológico, artículos de acampada, trampas para osos, walkie talkies, crampones, piolets, martillos de escalada, azuelas, equipos para esquiar —esquí, botas y bastones—, tablas de *snowboard*, cascos, prendas de abrigo y ropa interior de franela.

Pero las protestas de su hija mayor aumentaron de tono cuando empezó a llover.

—¡Ahhhh, agosto en Lluvialandia! —Candace olisqueó el aire—. Fabuloso, ¿verdad?

A continuación, puso los ojos en blanco. Melody no necesitaba mirar para saberlo. Aun así, echó una ojeada a través de sus párpados entreabiertos para confirmarlo.

—¡Uggh! —Candace, indignada, dio un puntapié en la parte posterior del asiento de su madre. Luego, se sonó la nariz y frotó el hombro de su hermana con el pañuelo de papel húmedo. Melody notó que el corazón se le aceleraba, pero consiguió mantener la calma. Era más sencillo que contraatacar—. No lo entiendo —continuó Candace—. Melody ha sobrevivido quince años respirando aire contaminado. Otro año más no va a matarla. ¿Y si se pusiera una mascarilla? La gente podría firmar en ella, como se firma en las escayolas. Igual serviría de inspiración para una nueva línea de accesorios para asmáticos. Por ejemplo, inhaladores engarzados en collares o...

—Ya está bien, Candi —Glory soltó un suspiro, a todas luces exhausta debido a la discusión que se prolongaba desde un mes atrás.

—En septiembre del curso que viene estaré en la universidad —presionó Candace, poco acostumbrada a salir perdiendo en una disputa. Era rubia y de proporciones perfectas; las chicas como ella siempre se salían con la suya—. ¿Es que no podíais esperar un año más para mudaros?

—Este traslado beneficiará a toda la familia. No es sólo cuestión del asma de tu hermana. Merston High es uno de los mejores institutos de Oregón. Además, se trata de entrar en contacto con la naturaleza y alejarse de toda esa superficialidad de Beverly Hills.

Melody sonrió para sí. Su padre, Beau, era un famoso cirujano plástico, y su madre había ejercido como asesora de imagen de las estrellas de Hollywood. La superficialidad dominaba la vida de ambos. Ambos eran sus zombis. Así y todo, Melody agradecía los esfuerzos de su madre por evitar que Candace la culpara de la mudanza. Aunque Melody consideraba que, de alguna manera, era en efecto culpa suya.

En una familia de seres humanos genéticamente perfectos, Melody Carver suponía una incoherencia. Una rareza. Una peculiaridad. Una anormalidad.

Beau había sido agraciado con una belleza al estilo italiano a pesar de sus raíces del sur de California. El destello de sus ojos negros recordaba a un rayo de sol en la superficie de un lago. Su sonrisa tenía la calidez del cachemir, y su bronceado permanente no había afectado en lo más mínimo a su piel, de cuarenta y seis

años de edad. Con la proporción adecuada tanto de barba incipiente como de gomina, contaba con tantos pacientes masculinos como femeninos. Todos y cada uno de ellos confiaban en que, al quitarse las vendas, presentarían un aspecto eternamente joven..., igual que Beau.

Glory tenía cuarenta y dos años y, gracias a su marido, su cutis libre de imperfecciones había sido sometido a estiramientos mucho antes de que hubiera necesidad. Daba la impresión de que Glory, con su pie impecablemente cuidado, hubiera dado un paso más allá del desarrollo humano habitual y alcanzado el siguiente estado de evolución, un estado que desafiaba la ley de la gravedad y en el que se dejaba de envejecer a partir de los treinta y cuatro años. Con su cabello castaño y ondulado a la altura de los hombros, sus ojos azul verdoso y sus labios, tan carnosos por naturaleza que no necesitaban colágeno, Glory podría haber ejercido como modelo de no haber sido tan menuda. Todo el mundo lo decía. Pero quedarse cruzada de brazos no era lo suyo, y juraba que el asesoramiento personal habría sido en cualquier caso su profesión elegida, aunque Beau le hubiera aplicado extensiones en las pantorrillas.

La afortunada Candace era una combinación de sus padres. Al estilo de los grandes depredadores, se había incautado de todo lo bueno, dejando las sobras para el retoño más débil. Aunque la constitución menuda que había heredado de su madre perjudicaba un posible futuro como modelo, hacía maravillas con respecto a su armario, a rebosar de ropa descartada que

iba de Gap a Gucci (pero en su mayor parte Gucci). Tenía los ojos azules de Glory y el risueño centelleo de Beau; el bronceado de Beau y el cutis impecable de Glory. Sus elevados pómulos semejaban barandillas de mármol. Y su larga melena, que asumía por igual una textura lisa que otra ondulada, tenía el color de la mantequilla salpicada de *toffee* derretido. Las amigas de Candi (y las madres de éstas) sacaban fotos de su mandíbula cuadrada, su enérgica barbilla o su nariz recta, y se las entregaban a Beau con la esperanza de que sus manos pudieran obrar los mismos milagros que una vez había obrado su ADN. Y, por descontado, acababan consiguiéndolo.

Incluso en el caso de Melody.

Convencida de que una familia que no le correspondía se la había llevado a casa desde el hospital, Melody otorgaba poco valor a la apariencia física. ¿Qué sentido tenía? Su barbilla era pequeña; sus dientes, como colmillos, y su cabello tenía un apagado tono negro. Sin mechass. Sin reflejos. Sin el color de la mantequilla o la llovizna de *toffee*. Negro apagado, sin más. Sus ojos, aun sin problemas de visión, tenían el color gris acero y la forma rasgada de los de un gato escéptico. Y no es que alguien se hubiera fijado alguna vez en sus ojos, pues su nariz era el centro de atracción. Compuesta de dos protuberancias y un tabique pronunciado, recordaba a un camello en la postura del perro boca abajo. Aunque poco importaba. En lo que a Melody concernía, la habilidad para cantar era su mejor virtud. Los profesores de música alababan con entusiasmo el perfecto timbre de su voz. Limpia, angelical y evocado-

ra, ejercía un efecto hipnotizante sobre todos cuantos la escuchaban, y el público, con los ojos cuajados de lágrimas, se ponía en pie después de cada recital. Por desgracia, para cuando cumplió los ocho años, el asma había cobrado protagonismo y le había arrebatado el espectáculo.

Una vez que Melody hubo empezado la primaria, Beau se ofreció a operarla. Pero Melody se negó. Una nariz nueva no le iba a curar el asma, así que ¿por qué preocuparse? No tenía más que aguantar hasta el instituto y las cosas cambiarían. Las chicas serían menos superficiales y los chicos, más maduros. Lo académico adquiriría el dominio supremo.

«¡Ja!».

Las cosas fueron a peor cuando Melody empezó en el instituto Beverly Hills High. Las chicas la llamaban Tucán por el tamaño de su nariz; los chicos no la llamaban de ninguna manera. Ni siquiera la miraban. Para cuando llegó el día de Acción de Gracias, era prácticamente invisible. De no haber sido por su incesante dificultad para respirar y su utilización del inhalador, nadie habría reparado en su existencia.

Beau no pudo soportar que su hija —con gran «potencial simétrico»— siguiera sufriendo. Esas mismas Navidades comunicó a Melody que Santa Claus había descubierto una nueva técnica de rinoplastia que prometía abrir las vías respiratorias y aliviar el asma. Tal vez pudiera volver a cantar.

—¡Qué maravilla! —Glory unió sus pequeñas manos en actitud de oración y elevó los ojos al cielo en señal de gratitud.

—No más *Rudolph*, el reno narizotas —bromeó Candace.

—Se trata de su salud, Candace, y no de su aspecto físico —amonestó Beau, a todas luces tratando de convencer a Melody.

—¡Guau! Alucinante —Melody, agradecida, abrazó a su padre, si bien no estaba segura de que la forma de la nariz tuviera algo que ver con los bronquios obstruidos. Pero el hecho de fingir que se creía la explicación le otorgaba a sí misma una cierta esperanza. Además, resultaba menos doloroso que admitir que su familia se avergonzaba de sus rasgos faciales.

Durante las vacaciones de Navidad, Melody se sometió a la cirugía. Al despertar, se encontró con que tenía una nariz fina y respingona al estilo de Jessica Biel, así como fundas dentales en lugar de dientes con forma de colmillo. Al finalizar el periodo de recuperación había perdido más de dos kilos, accediendo así a la ropa descartada de su madre, que iba de Gap a Gucci (pero en su mayor parte Gucci). Lamentablemente, seguía sin poder cantar.

Cuando regresó al instituto de Beverly Hills las chicas se mostraron cordiales, los chicos se quedaron boquiabiertos y los moscones empezaron a rondar a su alrededor. Descubrió un nivel de aceptación social con el que jamás habría soñado.

Pero ningún aspecto de aquel recién estrenado encanto consiguió hacerla más feliz. En lugar de presumir y coquetear, pasaba el tiempo libre oculta bajo las mantas, sintiéndose como el bolso metalizado de diseño

que tenía su hermana: hermoso y brillante por fuera pero, por dentro, una auténtica calamidad. «¿Cómo se atreven a ser amables conmigo sólo porque ahora soy guapa? ¡Soy la misma de siempre!».

A la llegada del verano, Melody se había encerrado en sí misma por completo. Se vestía con ropa holgada, jamás se cepillaba el pelo y su único accesorio consistía en el inhalador que llevaba enganchado a las trabillas del cinturón.

Durante la barbacoa que los Carver organizaban anualmente con motivo del Cuatro de Julio, en la que solía cantar el himno nacional, Melody sufrió un grave ataque de asma que la mandó directa al centro médico Cedars-Sinai. En la sala de espera, Glory pasaba ansiosamente las páginas de una revista de viajes y se detuvo ante una exuberante fotografía de Oregón, afirmando que, con sólo mirarla, olía el aire fresco. Cuando Melody fue dada de alta, sus padres le comunicaron que se mudaban. Por primera vez, una sonrisa cruzó su rostro perfectamente simétrico.

«¡Hola, Maravillolandia!», murmuró para sí mientras el coche avanzaba a toda velocidad.

Entonces, arrullada por el rítmico vaivén de los limpiaparabrisas y el golpeteo de la lluvia, Melody se quedó dormida.

Y esta vez, de verdad.



Capítulo 2

Coser y cantar

Por fin salió el sol. Los petirrojos y las golondrinas entonaban sus respectivas listas de éxitos matinales. Tras la ventana de cristal esmerilado del dormitorio de Frankie, los niños en bicicleta empezaban a tocar el timbre y a dar vueltas alrededor del callejón sin salida de Radcliffe Way. El vecindario había despertado. Ahora, Frankie podía poner a Lady Gaga a todo volumen.

I can see myself in the movies, with my picture in the city lights...

Más que nada, Frankie deseaba sacudir la cabeza al ritmo de *The Fame*. No, un momento. No exactamente. Lo que de veras quería era pegar saltos sobre su cama de metal, lanzar de una patada sus mantas electromagnéticas al suelo de cemento pulido, balancear los hombros, agitar los brazos, contonear el trasero y sacudir la cabeza al ritmo de *The Fame*. Pero alterar el fluido de electricidad antes de que la recarga se hubiera completado podía desembocar en pérdidas de memo-

ria, desvanecimientos o, incluso, un coma. La parte positiva, sin embargo, consistía en que nunca tenía que enchufar su iPod táctil. Siempre que estuviera cerca del cuerpo de Frankie, la batería del dispositivo se mantenía a rebosar.

Disfrutando de su transfusión matinal, permanecía tumbada boca arriba con un revoltijo de cables negros y rojos conectados a sus tornillos. Mientras las últimas corrientes eléctricas rebotaban a través de su cuerpo, Frankie hojeaba el número más reciente de la revista *Seventeen*. Con cuidado de no estropear su esmalte de uñas azul marino, todavía húmedo, examinaba los cuellos suaves y de colores extraños de las modelos en busca de tornillos de metal, preguntándose cómo se las arreglaban para «recargarse» sin ellos.

En cuanto Carmen Electra (así llamaba Frankie a la máquina de recarga, ya que el nombre técnico resultaba difícil de pronunciar) se detuvo, Frankie notó el agradable hormigueo de sus tornillos del cuello —del tamaño de un dedal— a medida que se enfriaban. Ple-tórica de energía, pegó su respingona nariz a la revista y durante un buen rato olfateó el aroma de la muestra de perfume que venía en el interior.

—¿Os gusta? —preguntó, agitándola ante los hocicos de las fashionratas. Cinco ratas blancas se mantenían erguidas sobre sus rosadas extremidades traseras y arañaban la pared de cristal de su jaula. La capa de purpurina multicolor (no tóxica) que les cubría el lomo se les iba desprendiendo como la nieve de un toldo.

Frankie volvió a aspirar el perfume.

—A mí también —agitó el papel doblado a través del fresco ambiente con olor a formol y se levantó para encender las velas de aroma a vainilla. El avinagrado hedor de la solución química se le infiltraba en el cabello y ocultaba el toque floral de su acondicionador.

—¿Es vainilla eso que huelo? —preguntó su padre, llamando con suavidad a la puerta cerrada.

Frankie apagó la música.

—¡Síiii! —repuso ella con entusiasmo, ignorando el tono de fingido enfado de su padre, tono que llevaba utilizando desde que Frankie empezara a transformar el laboratorio paterno en un enclave glamoroso. Frankie escuchó ese mismo tono cuando decidió dar a las ratas un toque *fashion* a base de purpurina, cuando empezó a almacenar sus brillos de labios y accesorios para el pelo en los vasos de precipitado de su padre, y cuando pegó la cara de Justin Bieber al esqueleto (el póster en el que salía sentado en el monopatín era electrizante). Pero sabía que a su padre, en el fondo, no le importaba. Ahora, el laboratorio también era el dormitorio de su hija. Además, si realmente le molestara, no se referiría a ella como...

—¿Cómo está la niñita perfecta de papá? —Viktor Stein volvió a golpear en la puerta con los nudillos y, acto seguido, la abrió. No obstante, la madre de Frankie entró en primer lugar.

—¿Podemos hablar un minuto, tesoro? —preguntó Viveka con una voz cantarina que hacía juego con el susurrante dobladillo de su vestido de tirantes de crepé negro. Su voz era tan delicada que la gente se quedaba alucinada al notar que provenía de una mujer de más de un metro ochenta de estatura.

Viktor, haciendo oscilar una bolsa de viaje de cuero, entró a continuación, vestido con un chándal negro de marca y unas zapatillas marrones con un agujero en la punta, sus favoritas.

«Viejas y desgastadas, igual que Viv», solía responder cuando Frankie se burlaba de ellas, y luego Viveka le daba una palmada en el brazo. Pero Frankie sabía que su padre bromeaba, porque su madre era una de esas mujeres a las que te gustaría encontrar en una revista para poder contemplar a tus anchas sus ojos color violeta y su cabello negro, brillante, sin que te tacharan de *friqui* o de acosadora.

Viktor, por otro lado, recordaba más bien a Arnold Schwarzenegger, como si sus rasgos cincelados hubieran sido estirados para cubrir por completo su cabeza cuadrada. Seguramente, la gente también deseaba clavarle la mirada, pero se asustaba ante su estatura de casi dos metros y la manera tan exagerada en la que solía bizquear. Pero cuando bizqueaba no era porque estuviese enfadado. Significaba que estaba pensando. Y, al tratarse de un científico loco, siempre estaba pensando..., al menos, así lo explicaba Viveka.

Viv y Vik atravesaron el suelo de cemento pulido cogidos de la mano, presentando un frente unido, como siempre. Pero esta vez, bajo sus sonrisas orgullosas se adivinaba un rastro de preocupación.

—Siéntate, cariño —Viveka señaló el diván estilo árabe, de color rubí y cubierto de almohadones, que Frankie había encargado a Ikea por Internet. En el rincón más apartado del laboratorio, junto a su escritorio cubierto de pegatinas, su televisor de pantalla plana y

un arco iris de coloridos armarios atestados de compras *online*, el sofá miraba a la única ventana de la estancia. Aunque de cristal esmerilado para mantener la intimidad, le otorgaba a Frankie una cierta visión del mundo real o, al menos, la promesa de ésta.

Frankie recorrió el mullido sendero de piel de borrego teñida de rosa que conducía de su cama al diván, temiendo en silencio que sus padres hubieran reparado en las últimas descargas que había efectuado en iTunes. Nerviosa, tiró de la fina costura de puntadas negras que le mantenía la cabeza en su sitio.

—¡No te tires de los puntos! —advirtió Viktor, tomando asiento en el sofá sin respaldo. La estructura de abedul emitió un crujido en señal de protesta—. No tienes por qué ponerte nerviosa. Sólo queremos hablar contigo —colocó a sus pies la bolsa de piel con cremallera.

Viveka dio unos golpecitos al cojín vacío que tenía a su lado; luego, empezó a jugar con su característico fular de muselina negra. Pero Frankie, temiendo otro sermón sobre el valor del dinero, se ciñó su bata de seda negra y optó por sentarse en la alfombra rosa.

—¿Qué pasa? —preguntó al tiempo que sonreía y, con el tono de voz, trataba de ocultar que acababa de gastarse 59,99 dólares en un abono de temporada de *Gossip Girl*.

—Se avecinan cambios —Viktor se frotó las manos y respiró hondo, como si se preparase para escalar el monte Hood, en el estado de Oregón.

«¿No más tarjetas de crédito?», especuló Frankie, temerosa.

Viveka asintió con la cabeza y forzó otra sonrisa frunciendo sus labios pintados de púrpura. Miró a su marido, alentándolo a continuar; pero él abrió los ojos oscuros de par en par como dando a entender que no sabía qué decir.

Frankie, incómoda, se rebulló sobre la alfombra. Nunca había visto a sus padres tan necesitados de palabras. Recorrió para sí sus compras más recientes, abrigando la esperanza de averiguar cuál de los artículos los había llevado al límite de su paciencia. «Abono de temporada de *Gossip Girl*. Ambientador con aroma a azahar. Calcetines a rayas, con los simpáticos agujeros en los dedos. Suscripciones a las revistas *Us Weekly*, *Seventeen*, *Teen Vogue*, *CosmoGirl*. Aplicaciones de horóscopo. Aplicaciones de numerología. Aplicaciones de interpretación de sueños. Loción contra el encrespamiento del cabello. Vaqueros a la última y extragrandes...».

Nada demasiado grave. Aun así, la espera provocaba que sus tornillos echaran chispas.

—Tranquila, cariño —Viveka se inclinó hacia delante y acarició la larga melena negra de su hija. El gesto tranquilizador detuvo la fuga de energía, pero no supuso un alivio para las piezas interiores de Frankie, que seguían silbando y estallando como los fuegos artificiales del Cuatro de Julio. Sus padres eran las únicas personas que conocía. Eran sus mejores amigos, sus mentores. El hecho de decepcionarlos significaba decepcionar al mundo entero.

Viktor volvió a respirar hondo; luego, soltó aliento al efectuar el anuncio:

—El verano ha terminado. Tu madre y yo tenemos que volver a dar clases de Ciencias y Anatomía en la universidad. No podemos seguir enseñándote en casa —agitaba sin parar el tobillo.

—¿Cómo dices? —Frankie frunció las cejas, perfectamente esculpidas.

«¿Qué tendrá eso que ver con las compras?».

Viveka colocó una mano en la rodilla de Frankie como dando a entender: «Ahora sigo yo»; a continuación, se aclaró la garganta.

—Lo que tu padre intenta decir es que tienes quince días de vida. En cada uno de esos días él ha implantado en tu cerebro los conocimientos equivalentes a un año: matemáticas, ciencia, historia, geografía, idiomas, tecnología, arte, música, cine, canciones, modas, expresiones idiomáticas, convenciones sociales, buenos modales, profundidad emocional, madurez, disciplina, voluntad propia, coordinación muscular, coordinación lingüística, reconocimiento de los sentidos, profundidad de percepción, ambiciones e, incluso, un cierto apetito. ¡No te falta de nada!

Frankie asintió con la cabeza, preguntándose cuándo saldría a relucir el asunto de las compras.

—Así que, ahora que eres una chica hermosa e inteligente, estás preparada para... —Viveka aspiró por la nariz y reprimió una lágrima. Volvió la mirada a Viktor, quien hizo un gesto de asentimiento, apremiándola a continuar. Tras lamerse los labios y soltar aliento, se las arregló para esbozar una última sonrisa, y entonces...

Frankie echaba chispas. El asunto estaba tardando más que el transporte por tierra.

Por fin, Viveka soltó de sopetón:

—Un instituto de normis —pronunció la palabra en dos tiempos: nor-mis.

—¿Qué significa «normis»? —preguntó Frankie, temiendo la respuesta. «¿Será una especie de centro de rehabilitación para adictos a las compras?».

—Los normis son individuos con atributos físicos corrientes —explicó Viktor.

—Como... —Viveka recogió un ejemplar de *Teen Vogue* de la mesa auxiliar lacada en naranja y lo abrió por una página al azar—, como ellas.

Dio unos golpecitos sobre un anuncio de ropa en el que aparecían tres chicas en sujetador y pantalones cortos ajustados; una rubia, una castaña y una pelirroja. Todas tenían el pelo rizado.

—¿Soy yo una normi? —preguntó Frankie, sintiéndose tan orgullosa como las radiantes modelos.

Viveka sacudió la cabeza de un lado a otro.

—¿Por qué no? ¿Porque tengo el pelo liso? —insistió Frankie. Era la lección más desconcertante de cuantas había recibido de sus padres.

—No, no es porque tengas el pelo liso —intervino Viktor con una mueca de frustración—. Es porque yo te he fabricado.

—¿Es que los padres de los demás no los han «fabricado»? —Frankie hizo el gesto de las comillas en el aire—. Ya sabes, técnicamente hablando.

Viveka enarcó una ceja oscura. Su hija no iba des-caminada.

—Sí, pero yo te fabriqué en el sentido más literal —expuso Viktor—. En este laboratorio. A partir de

piezas perfectas que construí con mis propias manos. Programé tu cerebro y lo llené de información, uní con puntos las partes de tu cuerpo, y te coloqué tornillos a ambos lados del cuello para poder recargarte. No necesitas alimento para sobrevivir, sólo comerás por placer. Y verás, Frankie, como no tienes sangre, en fin, tu piel es... es de color verde.

Frankie se miró las manos como si fuera por primera vez. Eran del color del helado de menta con virutas de chocolate, al igual que el resto de su cuerpo.

—Ya lo sé. Es genial, ¿verdad?

—Sí, lo es —Viktor se rió entre dientes—. Por eso eres tan especial. No le ocurre a ningún otro alumno del instituto. Eres la única.

—¿Quieres decir que habrá más gente en el instituto? —Frankie paseó la vista por el glamoroso laboratorio, la única estancia que había conocido en su vida.

Viktor y Viveka asintieron, mientras en sus respectivas frentes se iban formando líneas de culpabilidad y preocupación.

Frankie contempló los ojos húmedos de sus padres mientras se preguntaba si aquello estaba sucediendo de verdad. ¿En serio pensaban soltarla así, por las buenas? ¿Iban a abandonarla en un instituto lleno de normas desconocidos de pelo rizado y esperaban que se las arreglara por su cuenta? ¿De verdad tenían la sangre fría de dejar de proporcionarle formación para, a cambio, impartir clases en aulas abarrotadas de universitarios que no eran más que perfectos desconocidos?

A pesar de los labios temblorosos de ambos y de sus mejillas manchadas de sal, daba la impresión de que,

en efecto, era lo que se proponían. De pronto, una sensación que únicamente podría haberse medido con la escala Richter retumbó en las tripas de Frankie. Le subió hasta el pecho, le atravesó la garganta como una bala y, al llegar a la boca, explotó.

— ¡ ¡ ELECTRIZANTE ! !



Capítulo 3

Chico guapo

—¡Hemos llegado! —anunció Beau haciendo sonar el claxon una y otra vez—. ¡Venga, despierta!

Melody apartó la oreja de la fría ventanilla y abrió los ojos. A primera vista, el vecindario parecía estar cubierto de algodón. Pero su visión se agudizó como una Polaroid en cuanto sus ojos se ajustaron a la brumosa luz matinal.

Los dos camiones de mudanzas bloqueaban el acceso al camino de entrada circular y tapaban la vista de la casa. Lo único que Melody distinguía era la mitad de un porche que rodeaba la vivienda y su inevitable columpio; ambos parecían estar contruidos con troncos de juguete de tamaño natural. Se trataba de una imagen que Melody no olvidaría jamás. O tal vez fueran las emociones que la imagen conjuraba: esperanza, entusiasmo y miedo a lo desconocido, todo ello estrechamente ligado, creando una cuarta emoción imposible de definir. Ahora tenía una segunda oportunidad para ser feliz, y le hacía cosquillas por dentro

como si se hubiera tragado cincuenta orugas peludas.

¡Bipbipbipbip!

Un fornido hombre de las montañas vestido con vaqueros holgados y un chaleco acolchado marrón asintió con la cabeza a modo de saludo mientras sacaba del camión el sofá modular diseñado a medida y color berenjena.

—Basta ya de tocar el claxon, cariño. Aún es temprano —Glory dio una palmada a su marido en plan de broma—. Los vecinos nos van a tomar por lunáticos.

El olor a aliento de café y a vasos de cartón desechables provocó que el estómago vacío de Melody se encogiera.

—Sí, papá, para de una vez —protestó Candace, cuya cabeza aún reposaba sobre su bolso metalizado—. Estás despertando a la única persona guay de todo Salem.

Beau se desabrochó el cinturón de seguridad y se giró para mirar a su hija.

—¿Y se puede saber quién es?

—Yoooo —Candace se estiró; sus pechos se elevaron y luego, como boyas en un mar agitado, se hundieron bajo la camiseta sin mangas azul celeste. Debía de haberse quedado dormida sobre su puño furioso, crispado, porque en la mejilla llevaba la marca del corazón de su nueva sortija, la que sus llorosas mejores amigas le habían regalado como obsequio de despedida.

Melody, desesperada por ahorrarse la ráfaga de ametralladora al estilo «echo-de-menos-a-mis-amigas»

que Candace, sin duda alguna, dispararía tan pronto como se fijara en su mejilla, fue la primera en abrir la puerta del coche y pisar la serpenteante calle.

Había dejado de llover y el sol empezaba a salir. Una capa de neblina de tono rojo púrpura envolvía el vecindario como un pañuelo fucsia sobre la pantalla de una lámpara, arrojando un resplandor mágico sobre Radcliffe Way, sus amplios terrenos particulares y su arquitectura heterogénea. Empapado y reluciente, el vecindario despedía un olor a lombrices y a hierba mojada.

—Melly, aspira este aire —Beau se golpeó sus pulmones cubiertos de franela y, con gesto reverente, levantó la cabeza al cielo teñido a retazos.

—Sí, papá —Melody abrazó los marcados abdominales de su padre—. Ya puedo respirar —le aseguró, en parte porque quería que él supiera que agradecía su sacrificio, pero sobre todo porque, en efecto, respiraba con menos dificultad. Era como si le hubieran quitado del pecho un saco de arena.

—Tienes que salir a oler el ambiente —insistió Beau, dando golpecitos en la ventanilla de su mujer con su anillo de oro con iniciales grabadas.

Glory, impaciente, levantó un dedo y giró la cabeza en dirección a Candace, en el asiento posterior, para dar a entender que estaba ocupándose de otro cataclismo.

—Lo siento —Melody abrazó a su padre de nuevo, esta vez con más suavidad, como si suplicara: «Perdóname».

—¿Por qué? ¡Pero si es genial! —respiró larga, profundamente—. Los Carver necesitábamos un cam-

bio. Estábamos demasiado apegados a Los Ángeles. Ya es hora de un nuevo desafío. La vida es cuestión de...

—¡Ojalá estuviera muerta! —chilló Candace desde el interior del todoterreno.

—Ahí tienes a la única persona guay de Salem —masculló Beau por lo bajo.

Melody levantó la vista hacia su padre. En el instante en que los ojos de ambos se encontraron, los dos se echaron a reír.

—A ver, ¿quién está preparado para un recorrido turístico? —Glory abrió la puerta. La puntera de su bota de escalada forrada de piel descendió tímidamente hacia el pavimento como si comprobara la temperatura del agua en una bañera.

Candace se bajó del asiento trasero de un salto.

—¡La primera en llegar al piso de arriba se queda con la habitación grande! —vociferó y, acto seguido, salió disparada hacia la casa. Sus piernas como palillos de dientes se movían a un ritmo impresionante, sin que les estorbara lo ajustado de sus vaqueros rasgados a la moda, tan pegados al cuerpo como un traje de neopreno.

Melody lanzó a su madre una mirada que preguntaba: «¿Cómo lo has conseguido?».

—Le dije que si no volvía a protestar durante el resto del día, podía quedarse con mi mono *vintage* de alta costura —confesó Glory al tiempo que recogía su cabello castaño en una elegante cola de caballo y la afianzaba con un rápido giro de muñeca.

—Con promesas así, cuando acabe la semana sólo te quedará un calcetín —bromeó Beau.

—Valdrá la pena —Glory sonrió.

Melody soltó una risita y acto seguido corrió hacia la casa. Sabía que Candace se le adelantaría para quedarse con la habitación grande. Pero no corría por ese motivo. Corría porque, tras años con problemas de respiración, por fin lo podía hacer.

Al pasar junto a los camiones, saludó con la cabeza a los hombres que forcejeaban con el sofá. Luego, subió saltando los tres peldaños de madera que conducían a la puerta principal.

—¡Increíble! —Melody ahogó un grito, deteniéndose a la entrada de la espaciosa cabaña. Las paredes, como la fachada, tenían los mismos troncos de tono anaranjado, como de juguete. Al igual que las escaleras, el pasamanos, el techo y la barandilla del piso superior. Las únicas excepciones eran la chimenea, de piedra, y el suelo, de nogal. No se parecía en nada a lo que ella estaba acostumbrada, teniendo en cuenta que acababan de mudarse de una vivienda de cristal y cemento de múltiples pisos y diseño ultramoderno. Melody no tuvo más remedio que admirar a sus padres. Desde luego, se habían comprometido muy en serio con ese asunto del estilo de vida al aire libre.

—Adelante —gruñó un empleado de mudanzas empapado de sudor que trataba de franquear el estrecho umbral con el voluminoso sofá auestas.

—Ay, perdón —Melody soltó una risita nerviosa y se apartó a un lado.

A su derecha, un dormitorio alargado abarcaba la longitud de la casa. La gigantesca cama de Beau y Glory presidía la estancia, y el baño principal estaba en

mitad de una importante transformación. Una puerta corredera de cristal tintado daba paso a una alargada piscina rodeada de una valla de troncos de unos dos metros y medio de altura. La piscina privada debió de haber sido definitiva para Beau, quien nadaba todas las mañanas para quemar las calorías que hubieran persistido tras su sesión de natación nocturna.

En el piso de arriba, en uno de los dos dormitorios restantes, Candace andaba de un lado para otro mientras mascullaba por teléfono.

En el lado contrario de la habitación de sus padres había una acogedora cocina y una zona de comedor. Los sofisticados electrodomésticos de los Carver, la elegante mesa de cristal y las ocho sillas lacadas en negro mostraban un aspecto futurista que chocaba con la rústica madera. Pero Melody estaba convencida de que la situación sería remediada en cuanto sus padres localizaran el centro de decoración más cercano.

—¡Socorro! —llamó Candace desde arriba.

—¿Qué pasa? —respondió Melody echando una ojeada al salón, situado a un nivel inferior y con vistas al barranco arbolado de la parte trasera.

—¡Me muero!

«¿En serio?».

Melody subió por la escalera de madera que ocupaba el centro de la vivienda. Le encantaba notar los desiguales tablones del suelo bajo sus deportivas negras de tobillo alto. Cada una de las planchas de madera contaba con su propia personalidad. No era un derroche de simetría, afinidad y perfección, como en Beverly Hills. Se trataba exactamente de lo contrario.

Cada tronco de la casa tenía su propia forma, sus propias hendiduras. Cada uno era único. Ninguno era perfecto. Aun así, todos encajaban y colaboraban a la hora de ofrecer una única visión. Tal vez se tratase de una costumbre específica de la zona. Tal vez los salemitas (¿salemonios?, ¿salemeros?) eran partidarios de las formas y características particulares. Lo cual implicaba que lo mismo les ocurriría a los alumnos del instituto Merston High. Semejante posibilidad provocó en Melody un ataque de esperanza —libre de asma— que la empujó a subir los escalones de dos en dos.

Una vez en la planta superior, bajó la cremallera de su sudadera negra con capucha y lanzó ésta sobre la barandilla. Las axilas de su holgada camiseta gris estaban empapadas de sudor, y la frente se le empezaba a humedecer.

—Me muero, te lo juro. Hace un calor del demonio —Candace salió de la habitación situada a la izquierda en vaqueros y sujetador negro—. ¿Hace una temperatura de ochenta grados, o es que estoy atravesando la fase de cambio?

—Candi —Melody le arrojó su sudadera con capucha—. ¡Ponte esto!

—¿Por qué? —preguntó Candace, al tiempo que se examinaba el ombligo con aire despreocupado—. Las ventanas están tintadas, como las ventanillas de las limusinas. Nadie nos ve desde fuera.

—Mmm, ¿qué me dices de los hombres de la mudanza? —replicó Melody.

Candace se apretó la sudadera contra el pecho y luego echó una ojeada por encima de la barandilla.

—Este sitio es un poco raro, ¿no te parece? —el rubor de sus mejillas le llegaba hasta los ojos de tono azul verdoso, otorgándoles un resplandor iridiscente.

—La casa entera es rara —susurró Melody—. No sé, me encanta.

—Tú sí que eres rara —Candace lanzó la sudadera por encima de la barandilla y, con paso tranquilo, entró en lo que debía de ser el dormitorio más grande. Una insolente masa de cabello rubio oscilaba sobre su espalda como si estuviera haciendo un gesto de despedida.

—¿Alguien ha perdido una sudadera? —dijo uno de los hombres desde el piso inferior. Llevaba la prenda negra colgada del hombro, como si de un hurón muerto se tratara.

—Ah, sí, lo siento —repuso Melody—. Déjela ahí, en las escaleras —se apresuró a entrar en la única habitación que quedaba libre, no fuera el hombre a creer que trataba de ligar con él.

Paseó la vista por el reducido espacio rectangular: paredes de troncos, techo bajo con profundos arañazos que parecían huellas de garras y una diminuta ventana de cristal tintado que ofrecía el panorama del muro de piedra del vecino de al lado. Al abrir la puerta corredera del armario, le asaltó un olor a cedro. La temperatura en la habitación debía de rondar los doscientos grados. La propaganda de una inmobiliaria habría calificado el dormitorio de «acogedor», siempre que a los propietarios no les importara engañar a los clientes.

—Bonito ataúd —bromeó Candace, todavía en sujetador, desde la puerta.

—Muy graciosa —contraatacó Melody—. Aun así, no quiero volver a nuestra casa de antes.

—Perfecto —Candace puso los ojos en blanco—. En ese caso, déjame que te dé envidia, por lo menos. Echa un vistazo a mi tocador.

Melody siguió a su hermana y, dejando a un lado el estrecho cuarto de baño, llegó a un cuadrado espacioso y lleno de luz. Tenía un hueco en la pared para instalar un escritorio, tres armarios de gran profundidad y una enorme ventana de cristal tintado que miraba a Radcliffe Way. Podrían haber compartido cuarto y, aun así, habría sobrado espacio para el ego de Candace.

—Muy mona —masculló Melody esforzándose por no mostrar ni una pizca de envidia—. Oye, ¿te apetece ir al centro a tomar unos *bagels* o algo por el estilo? Me muero de hambre.

—No hasta que admitas que mi habitación es la caña y que la envidia te corroe —Candace cruzó los brazos.

—Ni hablar.

En señal de protesta, Candace se giró hacia la ventana.

—Mmm, ¿qué me dices ahora? —sopló el aliento sobre el cristal y, con el dedo, dibujó un corazón sobre el círculo blanquecino.

Melody actuó con precaución.

—¿Es una trampa?

—Ya te gustaría —repuso Candace al tiempo que fijaba la vista en el chico con el torso desnudo, del jardín del otro lado de la calle.

Estaba regando las rosas amarillas en la parte frontal de una vivienda estilo campestre de color blanco, y

blandía la manguera como si de una espada se tratara. Los firmes músculos de su espalda se ondulaban cada vez que se lanzaba hacia delante para ejecutar una estocada. Sus vaqueros desgastados se le habían bajado lo suficiente para dejar al descubierto el elástico de sus calzoncillos a rayas.

—¿Será el jardinero, o crees que vive en la casa? —preguntó Melody.

—Vive allí —repuso Candace con seguridad—. Si fuera el jardinero, estaría bronceado. A ver, átame.

—¿Cómo?

Al darse la vuelta, Melody se encontró a su hermana vestida con un mono de estampado en zigzag de tonos púrpura, negro y plata. Se sujetaba las tiras de la parte superior, sin mangas ni espalda, por detrás de la cabeza.

—¿Cómo has encontrado eso? —preguntó Melody al tiempo que efectuaba una lazada perfecta—. Las cajas con la ropa todavía están en el camión.

—Sabía que mamá me lo regalaría si seguía protestando, de modo que me lo metí en el bolso antes del viaje.

—¿Así que todo ese rollo en el coche era un montaje? —el corazón de Melody empezó a latir a toda prisa.

—Más bien sí —Candace encogió los hombros con aire despreocupado—. Soy capaz de hacer amigos y conocer a chicos nuevos en todas partes. Además, tengo que sacar buenas notas este curso para entrar en una buena universidad. Y ya sabemos que eso no iba a pasar si cursaba el último año en California.

Melody no sabía si abrazar a su hermana o darle un bofetón; pero no había tiempo ni para lo uno ni para lo otro.

Candace ya se había calzado unas sandalias plateadas de plataforma heredadas de su madre y regresaba corriendo a la ventana.

—A ver, ¿preparada para conocer a los vecinos?

—¡Candace, no! —suplicó Melody, pero su hermana ya estaba forcejeando con el pestillo de hierro. Intentar domar a Candace era como intentar detener una montaña rusa en marcha agitando las manos en el aire: una agotadora pérdida de tiempo.

—¡Eh, pibón! —gritó Candace por la ventana. Acto seguido, se agachó bajo el alféizar.

El chico se giró y elevó la vista, protegiéndose los ojos del sol.

Candace levantó la cabeza y miró a hurtadillas.

—No. No me interesa —masculló—. Demasiado joven. Cuatro ojos. Nada bronceado. Te lo puedes quedar.

Melody sintió ganas de gritar: «¡No hace falta que me digas a quién puedo quedarme o no!», pero ahí abajo estaba un chico sin camisa, con gafas de montura negra y una mata de pelo castaño, que la miraba fijamente. No podía hacer más que devolverle la mirada y preguntarse de qué color tendría los ojos.

El chico, un tanto violento, la saludó con la mano; pero Melody permaneció inmóvil. Tal vez el vecino la tomara por uno de esos carteles recortados a tamaño real que plantan en el vestíbulo de los cines, en vez de por lo que era en realidad: una chica con escasas habi-

lidades sociales que estaba a punto de pegar una patada en la espinilla a su hermana.

—¡Ay! —gimió Candace sujetándose la espinilla.

Melody se apartó de la ventana.

—No me puedo creer que me hayas hecho esto —gritó susurrando.

—Bueno, no es que tú fueras a dar el primer paso —replicó Candace mientras abría sus ojos azul verdoso de par en par movida por la fortaleza de su propia convicción.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Ni siquiera lo conozco —Melody se apoyó en la desigual pared de troncos y, bajando la cabeza, la enterró entre las manos.

—¿Qué pasa?

—Pasa que estoy harta de que la gente me tome por una *friqui*. Ya sé que tú no lo entiendes, pero...

—Supéralo de una vez, ¿vale? —Candace se puso de pie—. Ya no eres Tucán. Ahora eres guapa. Ahora puedes conseguir chicos impresionantes. Bronceados, y con buena vista. Y no pringados que empuñan mangueras —cerró la ventana—. ¿Es que nunca se te ocurre usar los labios para otra cosa que no sea ponerte caca?

Melody notó un escozor familiar tras los párpados. Se le secó la garganta. La boca se le contrajo. Los ojos le ardían. Y entonces, llegaron: como diminutos paracaidistas impregnados de sal, las lágrimas descendieron en masa. Odiaba que Candace pensara que nunca se había liado con un chico. Pero ¿cómo convencer a una chica de diecisiete años —con más novios que pelos en la cabeza— de que Randy, el cajero de

Starbucks (también conocido como Carapaella, por sus marcas de acné) besaba de maravilla? Imposible.

—No es tan fácil, ¿sabes? —Melody mantuvo oculto su rostro empapado de llanto—. Tu sueño es ser guapa; el mío era cantar. Y ya no es posible.

—Pues vive mi sueño una temporada —Candace se aplicó una capa de brillo en los labios—. Es más divertido que autocompadecerte, eso seguro.

¿Cómo podía Melody explicar sus sentimientos cuando ni ella misma acababa de entenderlos?

—A ver, Candace, lo de mi belleza es un engaño. La han manipulado. No soy yo.

Su hermana mayor puso los ojos en blanco.

—¿Cómo te sentirías si sacaras sobresaliente en un examen en el que copiaste a un compañero? —preguntó Melody adoptando una táctica diferente.

—Depende —repuso Candace—. ¿Me pillaron?

Melody levantó la cabeza y soltó una carcajada. Una enorme burbuja de mocos le estalló en la nariz y se la limpió en sus vaqueros a toda prisa, antes de que su hermana se diese cuenta.

—Le das demasiadas vueltas al tema —Candace se echó su bolso al hombro y bajó la vista a su escote—. Nunca me he visto mejor —alargó la mano y tiró de Melody para levantarla—. Venga, ha llegado el momento de enseñarle a la buena gente de Salem la diferencia entre la ropa deportiva y la alta costura —tras un fugaz examen a la sudada camiseta gris de Melody y sus vaqueros varias tallas más grandes, añadió—: Déjame hablar a mí.

—Es lo que hago siempre —suspiró Melody.



Capítulo 4

Piel de menta

Frankie se levantó y, descalza, empezó a bailar al ritmo de la música de Lady Gaga, que persistía en su cerebro.

—Entonces, ¿lo del instituto te parece bien? —las finas y negras pestañas de Viveka aletearon de pura incredulidad.

—¡Pues claro! —Frankie se plantó las manos encima de la cabeza y se puso a dar vueltas sin parar—. ¡Voy a hacer amigas! ¡Voy a conocer a chicos! ¡Voy a sentarme en la cafetería! Voy a salir afuera y...

—Espera un momento —interrumpió Viktor con la seriedad de un tratado científico—. No es tan sencillo.

—¡Tienes razón! —Frankie salió disparada hacia su armario de color azul cielo en el que, con spray de color fucsia, había escrito: «Faldas y vestidos»—. ¿Qué voy a ponerme?

—Esto —Viktor se inclinó hacia delante, le colocó a los pies la bolsa de piel y luego, rápidamente, dio

unos pasos hacia atrás, como quien le ofrece ensalada a un león hambriento.

Frankie cambió de rumbo al instante y se dirigió hacia la bolsa. Qué típico de sus padres proporcionarle un conjunto para el primer día de clase. «¿Será la minifalda escocesa con el top de tirantes de cachemir negro? ¡Sí, por favor, que sea la minifalda escocesa con el top de tirantes de cachemir negro! ¡Síporfavorsíporfavorsíporfavorsíporfavorsíporfavor!».

Abrió la cremallera de la bolsa, introdujo la mano y se puso a palpar en busca de las suaves hebillas y el precioso imperdible extragrande que mantenía cerrada la falda escocesa.

—¡Ay! —retiró la mano de la bolsa como si le hubieran mordido—. ¿Qué es eso? —preguntó, aún afectada por el tejido áspero de algo en el interior.

—Un traje de chaqueta de lana, muy sencillo y elegante —Viveka se recogió el pelo y se lo echó por detrás del hombro.

—Muy afilado, querrás decir —contraatacó Frankie—. Tiene el tacto de un rallador de queso.

—Es una preciosidad —presionó Viveka—. Pruébalo.

Frankie colocó la bolsa boca abajo para evitar el contacto con la rugosa prenda. Un estuche de maquillaje color marrón chocolate cayó sobre la alfombra.

—¿Qué es esto?

—Maquillaje —respondió Viktor.

—¿De Sephora? —preguntó Frankie, esperanzada, otorgando a sus padres la oportunidad de redimirse.

—No —Viktor pasó la mano por los surcos de su cabello, peinado hacia atrás con gomina—. Procede de Nueva York. Es una espléndida línea de maquillaje para actores que se llama F&F (Feroz y Fabuloso), creada para resistir bajo los focos más potentes de los teatros de Broadway. Sin embargo, no es demasiado espeso —Viktor sacó una toallita desmaquillante de la bolsa y se la frotó en el brazo. Un borrón entre rosa y amarillo manchó la toallita. Una franja verde apareció en el brazo de su padre.

Frankie ahogó un grito.

—¡Tú también tienes la piel de menta!

—Igual que yo —Viveka dejó al descubierto una veta similar en su mejilla.

—¡Cómo! —las manos de Frankie echaban chispas—. ¿Siempre habéis sido verdes?

Ambos asintieron, orgullosos.

—¿Y por qué os tapáis?

—Porque vivimos en un mundo de normis —Viktor se limpió el dedo en la pernera de su chándal—. Y muchos se asustan de quienes tienen un aspecto diferente.

—¿Diferente a qué? —se preguntó Frankie en voz alta.

Viktor bajó la vista.

—Diferente a ellos.

—Formamos parte de un grupo muy especial que desciende de lo que los normis califican como monstruos —explicó Viveka—, pero nosotros preferimos llamarnos RAD.

—Renegantes Aliados de la Diferencia —aclaró Viktor.

Frankie se llevó la mano a los puntos que le rodeaban el cuello.

—¡No te tires! —exclamaron sus padres al unísono. Frankie bajó la mano y soltó un suspiro.

—¿Ha sido siempre así?

—No siempre —Viktor se levantó. Empezó a recorrer la estancia de un lado a otro—. Por desgracia, nuestra historia, como la de otros muchos, está plagada de periodos de persecución. Por fin, habíamos superado la Edad Media y vivíamos sin tapujos entre los normis. Trabajábamos juntos, nos relacionábamos socialmente y nos enamorábamos. Pero en las décadas de los años veinte y treinta del siglo pasado todo eso cambió.

—¿Por qué? —Frankie se subió al diván y se acurrucó junto a Viveka. El olor a aceite corporal de gardenia de su madre le resultaba reconfortante.

—Llegó el auge del cine de terror. Los RAD eran seleccionados para protagonizar toda clase de películas, como *Drácula*, *El fantasma de la ópera*, *El doctor Jekyll y mister Hyde*... Y si no sabían interpretar...

—Como tu bisabuelo Vic —bromeó Viveka.

—Sí, como el bueno de Victor Frankenstein —el padre de Frankie se rió por lo bajo cuando el recuerdo le vino a la mente—. No era capaz de memorizar el guión y, para ser sincero, se ponía más bien rígido. Así que fue sustituido por un normi llamado Boris Karloff.

—Suena divertido —Frankie enroscó un dedo en el cinturón de seda de su bata, lamentando no haber estado viva en aquel entonces.

—Lo era —Viktor detuvo su marcha y miró a su hija cara a cara; su amplia sonrisa se fue desvanecien-

do como la luz en el atardecer—. Hasta que las películas se proyectaron.

—¿Por qué? —preguntó Frankie.

—Nos retrataban como terroríficos y malvados enemigos de la gente, a la que en algunos casos chupábamos la sangre —Viktor volvió a pasear de un lado a otro de la estancia—. Los niños normis chillaban aterrados al vernos. Sus padres dejaron de invitarnos a su casa. Y ya nadie quería hacer negocios con nosotros. Nos convertimos en marginados de la mañana a la noche. Los RAD sufrimos la violencia, el vandalismo. Nuestra vida, tal como la conocíamos, había terminado.

—¿Es que nadie se rebeló? —preguntó Frankie, recordando las numerosas batallas históricas libradas por razones semejantes.

—Lo intentamos —Viktor negó con la cabeza, apenado por el intento fallido—. Pero las protestas resultaron inútiles. Se convirtieron en frenéticas sesiones de autógrafos para los intrépidos aficionados al terror. Y cualquier acción más enérgica que una manifestación de protesta nos habría hecho parecer las bestias rabiosas por las que los normis nos tomaban.

—¿Y qué hicieron, entonces? —Frankie se pegó más a su madre.

—Se envió una alerta secreta a todos los RAD, urgiéndolos a que abandonaran sus hogares y negocios y se reunieran en Salem, donde vivían las brujas. La esperanza residía en que las brujas se identificaran con nuestra lucha y nos acogieran. Juntos, formaríamos una comunidad nueva y empezaríamos desde el principio.

—Pero los juicios a las brujas de Salem tuvieron lugar en 1692 o por ahí, ¿no? Y tú me estás hablando de los años treinta —argumentó Frankie.

Viktor dio una palmada de aprobación y señaló a su hija como un efusivo presentador de un concurso televisivo.

—¡Eso es! —exclamó con entusiasmo, enorgullicándose de los conocimientos implantados de su niña.

Viveka besó a Frankie en la frente.

—Lástima que el zombi descerebrado que lanzó la alerta no fuera tan listo como tú.

—Sí —Viktor se atusó el pelo—. No sólo las brujas habían desaparecido mucho tiempo atrás, sino que el muy idiota también se confundió de Salem. Tenía en mente el Salem de Massachusetts, pero dio las coordenadas de Salem, en Oregón. Los RAD se percataron del error, pero no había tiempo para cambiar de rumbo. Tuvieron que huir antes de que los acorralaran y los encerraran en la cárcel.

»Cuando llegaron a Oregón, decidieron sacar el máximo partido. Hicieron un fondo común con el dinero de todos, se disfrazaron de normis, construyeron Radcliffe Way y juraron protegerse unos a otros. Nos queda la esperanza de que algún día podamos ser capaces de vivir sin tapujos otra vez; pero hasta que llegue ese momento, pasar desapercibidos es crucial. Ser descubiertos nos obligaría de nuevo al exilio. Nuestros hogares, profesiones y estilos de vida serían aniquilados.

—Por eso es importante que te cubras la piel y ocultes tus tornillos y costuras —explicó Viveka.

—¿Dónde están los vuestros? —preguntó Frankie.

Viveka levantó su fular negro y guiñó un ojo. Dos relucientes tornillos le devolvieron el guiño.

Viktor bajó la cremallera de su sudadera de chándal de cuello alto y dejó a la vista sus piezas de ferretería.

—Elec-trizante —susurró Frankie, pasmada.

—Voy a preparar el desayuno —Viveka se levantó y se alisó las arrugas del vestido—. El maquillaje viene con un DVD explicativo —comentó—. Deberías ponerte a practicar cuanto antes.

Uno detrás del otro, sus padres la besaron en la frente y se dispusieron a cerrar la puerta tras ellos.

Viveka volvió a asomar la cabeza.

—Recuerda —dijo—, tienes que haber aprendido y asimilado todo esto antes de que empiece el instituto.

Acto seguido, cerró la puerta con suavidad.

—De acuerdo —Frankie sonrió, recordando que aquella conversación tan ilustrativa había empezado por lo mejor. ¡Iba a ir al insti!

Empleando un dedo del pie para apartar la pila de lana rasposa como quien aparta una ardilla muerta, Frankie quitó el espantoso traje de chaqueta de su línea de visión. Nadie llevaba trajes de lana aquella temporada.

Sólo para asegurarse, consultó el ejemplar de *Teen Vogue* dedicado a la vuelta a clase. Tal como había sospechado, aquel año se llevaban los tejidos ligeros, los tonos joya y los estampados de animal. Las bufandas y la bisutería exagerada eran los accesorios imprescindibles. La lana estaba tan descartada que ni siquiera figuraba en la lista *out*.

Los artículos de la revista resultaban de lo más revelador. No sólo los de *Teen Vogue*, sino también los de *Seventeen* y *CosmoGirl*. Todos hablaban de ser una misma, de mostrarse natural, de querer a tu cuerpo tal como es y ¡de volverse verde! Los mensajes eran todo lo contrario a los de Vik y Viv.

«Mmmm».

Frankie se giró para mirarse en el espejo de cuerpo entero, apoyado sobre el armario amarillo. Se abrió la bata y examinó su cuerpo. En forma, musculoso y de proporciones exquisitas. Los artículos estaban en lo cierto. ¿Qué más daba que su piel fuera verde, o que sus extremidades estuvieran unidas con costuras? Según las revistas, que —sin ánimo de ofender— estaban mucho más en contacto con los tiempos que sus padres, se suponía que tenía que querer a su cuerpo tal y como era. ¡Y lo quería! Por lo tanto, si los normis leían revistas (lo que obviamente hacían, puesto que aparecían en ellas), la querrían a ella también. Lo natural estaba de moda.

Además, Frankie era la niñita perfecta de papá. ¿Quién no desearía la perfección?